



**Santiago Dimas Aranda**

## **La maldición de Juandé González**

Fue en una de sus tantas noches de guitarra que Manuel Fernández la raptó a Encarnación, la chusca morocha de Bolascuá, hija de Juandé González, anciano aborigen mentado por payesero, por haber hallado en un cubil de la quebrada la talla del Niño de Praga esculpida en pétreo guayacán, y por ser él mismo quien cargara fierón días con las piedras hasta formar la gruta, recibiendo desde entonces generosas caravanas de promeseros cada feliz diciembre.

En cuanto a Manuel Fernández, apenas apareado con la morocha, clavó un rancho no muy lejos ni tan cerca de Bolascuá, en un soleado extremo del monte, donde el arroyo, tras corcoveos entre fósiles raíces y rocas averdinadas, quedábase un tanto arremansado al pie de los laureles negros antes de largarse al campo.

Y noches y días de pura polca transcurrieron en la nueva morada. Gran tesón ponía Manuel Fernández en su arte, por el arte en sí, que amaba, y por el sustento que debía ganar haciendo vibrar a las cuerdas y a la gente.

Luego llegó el primer venturoso diciembre. Como todos los años, los promeseros vinieron en caravanas, pero ahora, en vez de dirigirse a la gruta, apeáronse en el rancho de Encarnación y Juandé González, a orillas del remanso. Bajo el musical influjo, aquellos olvidaron sus cuitas y sus preces y vaciaron sus gurupas y caramañolas al pie de los laureles negros, y quedáronse bailando y cantando en homenaje a los encantos de la morocha. Así ése y otro año, y la gruta y su mentado niño de madera fueron quedándose desolados como tumba de indio en la gris ladera del cerro. La [64] yeta había comenzado para Juandé con el apareo de la fogosa Encarnación con el pícaro

guitarrero, diestro en caricias y encantamientos, y clavado que fuera el rancho donde la polca y el amor cobrarían particular embrujo, mucho más que los milagros, calmando la pesadumbre de la gente atribulada.

Tal la causa de que aquel padre aborígen acabara arrojando la maldición sobre su propia hija antes de marcharse y desaparecer.

Entraba el año de la gran sequía, año aquel que nadie quiere recordar. Juandé se marchó sin siquiera despedirse de Encarnación. A partir de la noche en que ésta se amancebara, el monte le traía un endiablado son de guitarra, ajeno que le amargaba la sangre, en tanto el Niño de madera permanecía impassible en la gruta, y sus ojos enmohecidos lo miraban sin mirar. Los ojos de Juandé, en cambio, amanecían mirando unas estrellas bañadas en salmuera. Y del monte, desde el líquido arrullo del torrente, a cuyo borde Encarnación vibraba en brazos del guitarrero, llegaba el son.

Un año entero transcurrió desde aquél en que lo vieran corvo montando el desmirriado rosillo rumbo a las quebradas. La tapera y la gruta se habían poblado de avispas. Todo erial era el patio donde danzas y carreras de sortija disfrazaban otrora de fiesta al pobrerío.

Ni los yuyos crecieron durante el año de la gran sequía. Arriba, un cielo lúgubre tendía su abanico de fuego. Y llegó el mes del Dios Niño -¡diciembre amargo aquel!-, y arrastrando un largo sofocón, pasó. Y pasó todo el verano sin que nada se supiera de Juandé. Finalmente, cosa casi increíble, cuajarones de nubes pasaron escupiendo calientes gotas en los atardeceres, y un resuello verde salpicó los montes. Ya por entonces, Encarnación vagaba rondando la tapea, clavando los mortecinos ojos a lo lejos, hacia algún punto perdido a través del campo. Y cansada al cabo, raptada por la angustia y dolorida de tanto atalayar en vano, [65] metíase en la gruta, y allí, suplicante, raspando con las uñas el moho de los ojos del niño de madera, mascullaba un sin fin de padrenuestros, y muerta al fin de desconsuelo, corría irremediabilmente en busca de los brazos de Manuel.

El año de la gran sequía, ningún promesero llegó con gurupas y caramañolas a la sombra de los laureles negros. La vida y hasta el amor perdían todo encanto. Una noche, no pudiendo aguantar más, Encarnación suplicó a su hombre, empapándolo con gruesas lágrimas:

-Vamo na mudarno otra ve a la casa de Taitá..., che Manú...

La tristeza la atosigaba. Ni los arrumacos de la guitarra, ni la magia del canto, ni la rutina incesante del sexo podían aliviar el duelo de su corazón. Manuel la escuchaba irritado. Sus ojos cargados de penumbra perforaban el vasto erial nocturno. Ya ni el arroyo dejaba oír su líquido susurro entre las piedras. A las cansadas, habló:

-Para qué pio queré ir... Pai-Juandé ya se jué, ya se jué té voí. Su rancho catu ya no e ma rancho. Un vientito, y adió...

Luego, como hablando consigo mismo, agregó:

-Malicio catú que ese lecayá echó de ida su mba-e cuaá sobre nosotros.

Manuel Fernández aborrecía el recuerdo de Juandé. Lo culpaba de arruinarle el gozo con su maldición y su partida. Soportaba la amarga creencia de que la brujería del viejo era la causante de la creciente frigidez de la mujer que yacía a su costado, sobre cuyo vientre inapetente se agitaba la negrura de su decepción. No obstante ello, empezó a tocarla. Le tocó la cara, los pechos, y nada. Estaría dormida. Le acarició el sexo, y ella se dio la vuelta. No dormía. Abatida, masticaba y tragaba pura hiel. Tenía quemados los labios por los ácidos frutos del verano, y anegada el habla por la progresiva lluvia que inundaba el arroyo, obstruía la única senda practicable y aislaba el rancho cada día más. De repente, desde su hondura mártir emergió una voz entrecortada por los sollozos: [66]

-Va mo na mu dar no, che Ma nú, por si a ca so che taitá Ni ño Je sú me ha ce un mi la gro mba é... -tartajeó vehemente.

Al rato cantaban los cardenales en el matorral del arroyo. Era otro día. Al promediar la mañana, una increíble bandada de loros hambrientos invadió el paraje, arracimándose en los naranjos agrios y guayabos del bosque, cuyos magros frutos más tiraban a pudrirse que a madurar. Para compañeros de infortunio, los huéspedes exageraban la nota. El guitarrero tuvo que darse mañas armando cimbras, donde uno que otro quedaba atrapado. Puro grito, cada caído se debatía desesperado hasta destrozarse y hacer del plumaje un trapo. Los malditos peleaban como demonios, pero el hambre del cristiano desconocía miedo y piedad. Manuel les arrancaba la cabeza como un botón. Aventadas las verdes y amarillas galas, daba pena verlos. Tan pequeños y tristes lucían ensartados en el asador.

Ese atardecer, el crepúsculo se adelantó debido a la mayor negrura del temporal. Junto al fuego, Manuel y Encarnación se miraban como gatos tiznados de ceniza, en tanto los goterones estallaban sobre el rescoldo.

-Hay nga-u ra-é un poquito de sal siquiera... -suspiró Manuel.

Desde el último diciembre, que pasó sin que llegasen promeseros, no veían la sal. La presa que Encarnación lamía, sí, estaba salada. De sus párpados amoratados caían destellos pequeños y salobres. Ella suspiraba por otra cosa, no por sal.

Afuera, el agua inútil crecía. Las alimañas ganaban el amparo del rancho. De pronto, un pajarraco graznó sobre el matorral, anunciándoles la hora de acostarse. Manuel soltó los huesos, y sus ojos buscaron el globoso vientre de la mujer, saliente de un lienzo de color luciérnaga, reventado por la constante presión de sus piernas acuclilladas. Un surco oscuro lo dividía entre el ombligo y la parte pudenda. Él, suavemente, tímidamente, lo cubrió con la mano. [67]

La jerga donde dormían estaba a dos pasos del fuego. Cuando se acostaron y comenzaron a copular, Encarnación lloró, y a Manuel se le cortaron las ganas. Les sucedía todas las veces, desde hacía mucho tiempo.

Finalmente quedaron dormidos. Cuando pudieron despertarse a la mañana, estaban sobresaltados. Creían que la pesadilla, consecuencia de haberse comido un par de loros cada uno, continuaba. Creíanse atacados de algún endemoniado mal en la cabeza, o que se habían quedado sordos. Era que un silencio alarmante reinaba en el bosque. O los loros habían enmudecido de pronto, o ellos estaban privados de sus facultades. El

guitarrero salió a la lluvia luego de escrutarla detenidamente, y anduvo zancajeando por los alrededores hasta el cansancio. Los guayabos y naranjos del monte alzaban al aire sus esqueletos embadurnados de bosta. Los loros los habían pelado hasta el suelo, y acabado todo, se fueron.

Manuel regresó arrastrando los pies a través de los charcos, molida la moral como a palos. Ni una naranja, ni una sola guayaba volverían a tener en muchos años.

Entró, descolgó la guitarra, la pulsó, y acariciándola tembloroso como lo hiciera con alguien muerto, lloró calladamente. La guitarra tenía hinchada la madera y anegado el son. Abrazado a ella, se acostó, quedando dormido en plena mañana durante largo rato, y despertándose luego en medio de la insoportable calma. Los loros lo habían vencido. Buscó a la mujer y le dijo:

-Vamo mudarno mba-e na, Canachó...

Y ella sonrió.

En aquel tiempo, mudar un catre y unos trapos no le complicaba la vida a nadie. Pero la lluvia persistía y tuvieron que desnudarse, hacer hatos con la ropa, cruzar el arroyo fuera de madre y el inmenso esteral.

Pronto se daría cuenta Encarnación que Manuel Fernández estaba en lo cierto cuando le decía que mudarse a la tapera no valía la pena. Todo estaba lleno de víboras, tarántulas y deposiciones [68] que la mujer pensaba eran de pomberos. El minúsculo mandiocal estaba muerto y podrido. Ni pizca de rama verde quedaba para tentar nueva siembra. Yuyos y más yuyos, altos hasta el cielo, ávidos de más y más lluvia, dominaba el patio.

Y en medio del tétrico panorama, pensando solamente en la vuelta de Juandé, Encarnación fijó los ojos a partir de entonces y en todo momento hacia un punto perdido en el lejano extremo del campo, donde esperaba verlo aparecer montando corvo su desmirriado rosillo de vuelta al rancho. Pero pasaron días y meses, y poco a poco sus ojos fueron quedando secos en las grises cuencas. Su boca, otrora bella y fragante, ahora sin una palabra ni una sonrisa, devenía una oscura herida. Y Manuel Fernández, que la había querido casi como a su guitarra, sentía que algo se le secaba dentro, y sus manos, prontas para la caricia y la pulsación de una nota instintiva, crispábanse ateridas y reumáticas. Su amargura no tardó en estallar.

-Vo nio no me queré ma, Canachó. Yo ya me voy...

Tras de sus pasos se cerraron el yuyal y la completa soledad.

Promediaba mayo, época en que solían madurar naranjas y chirimoyas. En la tapera, el yuyal alcanzaba el techo. La maldición de Juandé parecía presente en todo. Encarnación decidió sepultarse en la gruta. Pero esa misma noche, ante la insufrible tiesura del Niño de madera, incapaz de una mínima expresión que la consolara, abandonó el socavón de piedras y corrió sin rumbo hasta quedar exhausta. Y sumergida entonces en la insondable noche de su desamparo, sintió enroscársele al cuerpo la culebra del miedo, rompiendo la roquiza quietud de Bolascuá con un espeluznante alarido.

Entre tanto, sin poder alejarse del paraje debido a la maldición, Manuel Fernández rondaba en círculo arrastrando tras de sí el cadáver de su guitarra y viendo de tanto en tanto a su mujer, cuero y hueso, correr desnuda de maraña en maraña. La oía, además, lamentarse y reír estremeciendo la vastedad del bosque. [69] Entrado el invierno, a la desolada Encarnación le crecieron dentro el hambre y el frío hasta ocuparla entera, dejándola sin aliento. Fue cuando, ante sus ojos inmóviles, petrificáronse los árboles, el aire, el agua y la luz, y Bolascuá devino un inerte paisaje de piedra.

Por último, el inverosímil y vanamente suplicado milagro se hizo. Encarnación perdió la razón y la sensación de todo. Pero cuando Juandé -cara de viejo Niño de madera- regresó, ella pudo verlo, y pudo percibir la sombra de Manuel reapareciendo con su guitarra hacia mitad del alba, aunque bien pudiera ser todo ello sólo la burda trama de un sueño descomunal.

Sin embargo, Manuel Fernández, cuya piltrafa de mendigo solitario todavía ronda el lugar con su inseparable guitarra, la que siempre seguiría sonando sola pese a tener todas las cuerdas rotas y descolada la madera, consciente de que todo se debía al embrujo de Juandé, volvióse al Niño de madera en la esperanza de que, algún milagro mediante, pudiera quitarle el maleficio.

Naturalmente, cuando Manuel Fernández cuenta su historia, la buena gente que lo escucha se desconcierta, y no sabe si reír o llorar.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**